

FORTINO CORRAL RODRÍGUEZ, ed. *Ruta Crítica. Estudios sobre Literatura Hispanoamericana*. México: Universidad de Sonora, 2007.

Asevera Anderson Imbert: “La crítica literaria tiene como objetivo la comprensión sistemática de todo lo que entra en el proceso de la expresión escrita”. En esta concepción se inscribe *Ruta Crítica. Estudios sobre Literatura Hispanoamericana*, colección de ensayos orientados hacia el análisis y la reflexión sobre el fenómeno literario, en particular el hispanoamericano; encontramos aquí reflexiones emitidas desde diversos puntos de vista, desde distintas dimensiones que conforman una muestra clara de lo que es Hispanoamérica, mosaico policromático de visiones. El libro está integrado por tres secciones: “Literatura mexicana”, “Ámbito hispanoamericano” y “Reflexión teórica: narrativa”; cada una de ellas nos ofrece acercamientos críticos a algunas de las obras que integran el corpus literario hispanoamericano, así como consideraciones de carácter antropológico e historiográfico y ponderaciones teóricas sobre el quehacer literario. La diversidad de los temas tratados en los trabajos se vuelve homogénea por la necesidad de cada uno de ellos de establecer un diálogo entre los procesos culturales e históricos donde nace la obra literaria y el enfoque metodológico que permite llegar a la especificidad estética a la que el texto se adscribe.

La primera parte, conformada por cinco trabajos, inicia con el trabajo “Novela de vanguardia en México: la otra ruta” de Rita Plancarte Martínez, donde la autora expone la existencia paralela de dos de los movimientos que marcaron el rumbo de las letras mexicanas y que más tarde llegarían a converger: el nacionalista y el de las vanguardias. Para principios del siglo xx, justo después de la Revolución Mexicana, las tendencias nacionalistas se instalaron con gran firmeza en la creación artística mexicana buscando modificar o estimular una conducta respecto a la estructura político-social vigente hasta ese momento y dar paso a la construcción del espíritu

mexicano. Como contraparte, los movimientos vanguardistas eran cultivados por los creadores jóvenes, quienes se preocupaban y ocupaban de los aspectos estéticos y formales, no tanto sociales, de la producción artística del momento. Ambas tendencias coexistieron en el ámbito cultural mexicano dándole un carácter dinámico que permitía al lector oscilar entre el evidente compromiso social y la constante metamorfosis estética. “Las líneas paralelas de la ruta nacionalista y la ruta esteticista, contra toda lógica geométrica, habrían de encontrarse más tarde en obras que conjuntan la representación de lo mexicano, la experimentación formal, el lirismo y las aportaciones de la novela moderna” (34).

En “La construcción del ser social en *Benzulul* de Eraclio Zepeda”, Abad Navarro Gálvez señala una visión ecléctica sobre conceptos adoptados por el hombre moderno, la justicia en este caso, que intentan imponerse frente a las formas autárquicas de vida y visión de mundo de las culturas indígenas. A este respecto, podemos apuntar la pugna entre los códigos culturales de ambos grupos, en donde uno se resguarda en los códigos sociales y éticos y otro es movido predominantemente por sus creencias religiosas. Por tanto, la comunicación entre estos agentes se ve imposibilitada. Sin embargo, la pluralidad en sus códigos no es la problemática central de estos seres sociales sino que la ignorancia que uno tiene, o prefiere tener del otro es el factor que provoca la colisión entre ambos mundos. Para Navarro Gálvez la colección de cuentos *Benzulul* “es una presentación del conflicto que se genera entre dos modelos culturales que no logran establecer un mecanismo pleno de comunicación” (38).

Gabriel Osuna nos ofrece el ensayo “Historia y ficción en *En busca de Klingsor* de Jorge Volpi” donde aborda la volatilidad de la realidad en tanto a que ésta depende de los códigos que el receptor tenga para interpretarla; esto es, toda lógica se ve socavada por la incertidumbre de la ambigüedad y relatividad discursivas. La historia y la ficción se entrelazan en esta historia; la primera siempre está matizada por las verdades sociales que el discurso dominante y sus intereses imponen sobre ella para subvertirla a su favor, en tanto que la segunda aparece frente a nosotros como un

abanico de posibilidades de interpretación sobre la historia “oficial” misma. Osuna se apoya en la teoría de la recepción para afirmar que “paulatinamente la novela se va convirtiendo en un texto metanarrativo en donde aquellos elementos de la tradición aparecen tan sólo como elementos puestos en un universo en movimiento y que coinciden en un periodo específico para construir una historia y por lo tanto una realidad” (54). Por ello, la historia sirve como base a la ficción en la medida que el lector advierte elementos considerados auténticos y reales en su entorno y que, al identificarlos dentro de la narración, darán una noción de realidad a la ficcionalidad.

“Novela gótica y nación en la literatura mexicana del siglo XIX” a cargo de Gerardo Bobadilla Encinas es el cuarto trabajo ensayístico que se presenta dentro de *Ruta Crítica*. Aquí encontramos una interesante propuesta respecto al desarrollo de la literatura gótica en México no como una imitación servil e incluso anacrónica, como es considerado por muchos el cultivo de las corrientes literarias europeas en Hispanoamérica, sino como “la apropiación y refuncionalización de la novela gótica por la novela histórica mexicana” (87). Para Bobadilla Encinas, los escritores mexicanos adecuaron los elementos sombríos, los hechos sobrenaturales y el terror característico del gótico a la historia mexicana, dando así paso a una reelaboración de ésta para configurar una imagen opresiva y decadente de la época colonial. Todo lo anterior con el objetivo de definir una identidad cultural e histórica para México después de la consumación del movimiento independentista (90).

Para cerrar el primer apartado, Fortino Corral Rodríguez nos presenta “Cuenta la leyenda: Génesis del relato fantástico en México”. Según el análisis de Corral Rodríguez, el mito y la leyenda tiene claras diferencias entre sí como lo son la imposibilidad de posicionar al primero en un tiempo histórico y en un espacio tangible, mientras que la segunda posee la virtud de la dualidad, a saber, aunque no se adscribe al presente, puede hacerlo a una época histórica específica; “la leyenda transita en un margen de tolerancia en que puede darse el libre juego entre credulidad e incredulidad” (107). Además, este trabajo sostiene que hasta y durante el siglo XIX, en

medio de la construcción de la identidad nacional mexicana, la literatura fantástica sirve como un vehículo de juicio público a las instituciones religiosas que comulgaban con los preceptos coloniales; sin embargo, su verdadera génesis se encuentra en el ámbito de la oralidad decimonónica debido a que lo fantástico quedó confinado al “vulgo” hasta el momento en el que la literatura culta promovió su inserción a través de la leyenda colonial (114).

En la segunda sección, “Ámbito Hispanoamericano”, encontramos tres ensayos que van desde la visión de lo posmoderno hasta el compromiso social literario. Rosa María Burrola Encinas es la encargada de abrir este apartado con el título “Posmodernidad y metaficción historiográfica en *Hijo de hombre*”, en el que hace una reflexión sobre los efectos del posmodernismo en la historiografía tradicional para convertirla en una microhistoria que se ocupa de la revisión de la historia misma a través de la conciencia individual y la autorreflexividad que llevan a la “reivindicación del otro, como práctica de búsqueda de identidad colectiva y/o individual” (137).

Por su parte, Martha Elena Munguía Zatarain nos habla sobre la mezcla de los géneros literarios en su trabajo “Notas sobre el problema de hibridación genérica en Hispanoamérica”. Con esto, Munguía expone que los géneros literarios aprehenden modalidades de otros géneros, incluso de formas no literarias, para conformarse a sí mismos, lo que les permite la mutabilidad que requieren para “dejar de ser una mera convención formal y convertirse en portadores de la visión estética del mundo que cada obra expresará” (142). La heterogeneidad que la fusión de géneros ofrece se hace presente en la creación artística y la riqueza literaria de ésta se acrecienta “para hacer un poco más placenteras nuestras lecturas de los textos” (151).

El tercer artículo es “Resolución estética del compromiso político en *La escuela de noche* de Julio Cortázar” a cargo de César Avilés Icedo, quien propone una lectura del cuento de Cortázar desde una perspectiva que no sólo muestre las virtudes literarias que éste posee sino que incluya una visión comprometida respecto al contexto, en este caso las dictaduras como armas de doble filo para los que se integran a ellas y para quienes deciden no hacerlo; así se cultiva una

literatura que expone la realidad latinoamericana desde un sentido político-social crítico, una literatura que “atestigua la evolución de una ética y una estética donde lo social se incorpora implicando una toma de postura y un compromiso del escritor como ente social” (171).

La tercera y última parte: “Reflexión teórica: narrativa”, está constituida por dos trabajos de los cuales el primero es una importante exposición sobre las historias en el que Francisco González Gaxiola nos plantea un cuestionamiento que quizá muy pocos o ninguno nos habíamos hecho: “Por qué terminan las historias”. Con este interesante y atrayente ensayo podemos percatarnos de que la respuesta a esta sencilla interrogante aún es inasible para nosotros, debido a que la respuesta se extiende más allá de los límites de la literariedad para inscribirse “fácilmente a ámbitos y disciplinas que nos llevan más allá de esa frontera” (194). González Gaxiola ensaya múltiples respuestas a esta interrogante, las cuales van desde un simple “porque sí” hasta un complejo y concienzudo estudio narratológico; sin embargo, también presenta la posibilidad de que las historias no terminen sino que el final puede esquivarse al mantenerlo abierto, “se trata de una estrategia que busca superar siempre la imposición de la primera solución correcta como única aceptable y verdadera” (195). Después de esto podríamos preguntarnos: ¿es realmente inexorable la conclusión de las historias?

El ensayo encargado de cerrar nuestra travesía por *Ruta Crítica* es “De la acción al personaje: un camino inconcluso en la descripción del héroe de cuento tradicional”. Manuel Pérez Martínez hace un recorrido por las distintas categorizaciones que se han hecho para el análisis del héroe en los cuentos; va desde el esquema de Propp hasta la acuñación del concepto de actantes por Greimás, proponiendo así que el héroe debe ser considerado como un *motivo* en tanto es protagonista de varios cuentos sin que cambie su esencia (pone el ejemplo de los cuentos de Pepito) y como un *actante* respecto al interior de cada uno de los cuentos donde participa, todo esto “para entender la naturaleza esencial de un personaje transcuentístico” (215).

De esta manera concluye el viaje por el multidiscursivo sendero de *Ruta Crítica* que nos hace reflexionar sobre la participación de Hispanoamérica en el diálogo polifónico sobre su formación artística, su madurez ética y estética y su posición frente a los procesos culturales e históricos que se avecinan. Nos permite adentrarnos en una dialéctica entre la visión del mundo, la cultura, el contexto, la selección de paradigmas que sobreviven a lo largo de los tiempos y los textos literarios. Nos invita, además de crear e interpretar, a recorrer y hacer nuestra la otra ruta: la crítica.

Glenda Liliana Moreno Fierro
Universidad de Sonora